

Sacar historias

Para hacer contrapesos.

Por: Edgar Gutiérrez

El diputado quiere obras para ser popular. Un diputado que lleva infraestructura a su distrito es un buen diputado. La historia no es nueva. Los diputados reelectos son buenos tramitadores ante el Ejecutivo. ¿Qué ofrece en campaña un candidato a diputado? “Vote por mí, traeré obras”. “Pedro al Congreso: carreteras y puentes”. “Diputado Juan: obras y no palabras...”.

Si esa es la expectativa y tales los términos de la competencia política, de plano el régimen democrático perdió otra batalla. El Congreso no es entonces el foro del debate, el mecanismo del control, el enclave crítico de la legislación.

Funciones abstractas. La gente no las ve ni las palpa; no acarrear beneficios concretos, no se votan.

El tráfico de obras en congresos de minorías, como el actual, es una suerte de factor de gobernabilidad. Los gobiernos logran pasar su legislación y calmar las aguas agitadas de diputados opositores, negociando obras para sus distritos. Hemos tenido tres congresos de minorías. El primero acabó desmantelado porque las ambiciones de algunos diputados volvieron insoportable la presión sobre Serrano. El segundo, en tiempos de Berger, tuvo un bolsón de fondos llamado PACUR, a través de la Secretaría Ejecutiva, que año con año se fue duplicando.

Mucha gente se irrita cuando se entera de estas cosas. Pero ¿por qué poner sólo la mira en el Congreso? Veamos las municipalidades. La de Guatemala es la más sofisticada con eso de hacer chanchullos con el presupuesto. Le sigue la de Mixco. O sea, no es sólo que la gente del interior cae en la trampa de políticos que enganchan el voto a través de obras.

Claro, se argumentará, a las alcaldías les toca hacer obra. Y la hacen, literalmente, a cualquier costo. Por eso es poca, mala y concentra los beneficios en socios y parientes.

Pero si de gasto oneroso hablamos, la historia no termina con los políticos. Al revisar las partidas finas del presupuesto público de los últimos 15 años, aparecen los beneficios que reciben ciertos grupos privados. En el Ministerio de Agricultura, por ejemplo, Q60 millones se van cada año a 8 empresas. ¿Costo de gobernabilidad? Clientelismo y privilegios. Hay que contar todas las historias. Hablemos de evasión y elusión de impuestos. De salarios. Leyes a la medida. Oficinas de licencias y patentes capturadas. El sistema tiene tantas fugas y la forma de tapparlas es arrojar luz sobre ellas. Para eso sirve la democracia, para hacer contrapesos.